


Fall 2016

“Mi resistencia me nutre” Las vivencias de mujeres matagalpinas de acoso callejero y sus estrategias de resistencia / "My resistance nourishes me" The experiences of female street killers of matagalpinas and their strategies of resistance

Olivia Linn

SIT Study Abroad, oglinn@live.unc.edu

Follow this and additional works at: http://digitalcollections.sit.edu/isp_collection

 Part of the [Community-Based Research Commons](#), [Family, Life Course, and Society Commons](#), [Inequality and Stratification Commons](#), [Latin American Studies Commons](#), [Other Feminist, Gender, and Sexuality Studies Commons](#), [Politics and Social Change Commons](#), [Sociology of Culture Commons](#), and the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Linn, Olivia, "“Mi resistencia me nutre” Las vivencias de mujeres matagalpinas de acoso callejero y sus estrategias de resistencia / "My resistance nourishes me" The experiences of female street killers of matagalpinas and their strategies of resistance" (2016). *Independent Study Project (ISP) Collection*. 2486.

http://digitalcollections.sit.edu/isp_collection/2486

This Unpublished Paper is brought to you for free and open access by the SIT Study Abroad at SIT Digital Collections. It has been accepted for inclusion in Independent Study Project (ISP) Collection by an authorized administrator of SIT Digital Collections. For more information, please contact digitalcollections@sit.edu.

“Mi resistencia me nutre”

Las vivencias de mujeres matagalpinas de acoso callejero y sus estrategias de resistencia

Olivia Linn

University of North Carolina, Chapel Hill

Women’s and Gender Studies

Asesora: Rosa Alpina Chavarría

Directora académica: María Soledad Lorío

SIT Nicaragua: Cultura juvenil, alfabetismo, y medios comunicativos

Matagalpa, Nicaragua

otoño 2016

Agradecimientos

Para **Rosa Alpina Chavarría**, asesora y modela feminista.

Para **las entrevistadas**: Jary López, Leo Argüello, María Teresa Castilblanco, Zobeyda Obando Castellanos, Angela Guiu, y Heyling Marengo, por compartir su tiempo, sus vivencias, y su trabajo para un mundo mejor.

Para **Aracely Alfaro**, por escuchar y corregir mi gramática con amor.

Y para **todas mis madres**, que nutren mi resistencia en cada esquina del mundo.

Índice

I. Resumen	5
II. Introducción	6
a. Pregunta principal y objetivos del estudio.....	8
b. Justificación.....	8
III. Metodología	9
a. Métodos usados.....	9
b. Limitaciones.....	10
c. Justificación.....	11
d. Posicionalidad.....	12
e. Consideraciones éticas.....	13
IV. Marco conceptual	14
a. Definir acoso callejero.....	14
b. La cultura machista.....	14
c. Interseccionalidad.....	15
V. Contexto	16
a. Género revolucionario.....	16
b. Matagalpa como la capital feminista de Nicaragua.....	17
c. Acoso callejero y resistencia actual.....	18
VI. Análisis	19
a. Reconocer acoso callejero como violencia.....	19
b. Geografía de acoso callejero y espacios públicos.....	22
c. Encarnación: Cuerpos femeninos como sitios de violencia y resistencia.....	25

MI RESISTENCIA ME NUTRE	4
d. La performatividad de género.....	28
e. Solidaridad.....	29
VII. La importancia de denunciar: Romper el silencio.....	31
VIII. Bibliografía.....	33
IX. Lista de entrevistas.. ..	34

Resumen

Según un estudio del Observatorio Contra Acoso Callejero de Matagalpa en 2015, acoso callejero es una experiencia casi universal para las mujeres en Nicaragua—el 96% de las entrevistadas reportaron que lo habían experimentado regularmente. Inmediatamente cuando llegué a Managua, descubrí que no era una excepción, pero la cifra no hizo justicia a lo que experimentaba como violencia descorazonadora. Lo que más me desalentó fue la minimización y normalización con que se encontraron mis expresiones sobre mi frustración. De mi lucha por encontrar estrategias adecuadas de resistencia para proteger mi salud mental y emocional, decidí estudiar las experiencias de acoso callejero y estrategias de resistencia de mujeres matagalpinas. La pregunta que guió mi estudio es la siguiente: ¿cómo ha afectado el acoso callejero así como el proceso de resistencia a las identidades de mujeres matagalpinas, tanto como mujeres y como feministas? Debido al carácter inherentemente experimental del tema, elegí tres estrategias investigativas: investigación de sujetos humanos, que resultó en seis entrevistas personales a mujeres matagalpinas, edades 20-56; investigación académica, basada en teoría feminista interseccional; e investigación creativa-experimental, que resultó en la creación de una “zine,” una revista creativa y hecha a mano, para representar las experiencias y estrategias de resistencia de las entrevistadas en vez de una sección de “Encuentros”. En este ensayo, analizo las maneras en que el acoso callejero está basado en y refuerza una cultura más amplia del machismo a través de la lente de acoso callejero como violencia de género. También deconstruyo la geografía y encarnación de acoso callejero, la performatividad de género implícita en la práctica, y la importancia integral de vocalizar experiencias de acoso callejero, a través del análisis de las estrategias de resistencia de las entrevistadas y presentar tanto el proceso como el producto final de la zine como mi propia forma de resistencia feminista.

Palabras claves: acoso callejero, violencia de género, machismo, feminismo interseccional, performatividad, resistencia feminista

“Mi resistencia me nutre”:

Las vivencias de mujeres matagalpinas de acoso callejero y sus estrategias de resistencia

I. Introducción

¡AYYY, chelita, mi tierna!

¡Te quiero! I love you!

¿Para dónde vas con esas piernas?

Es un martes por la tarde, y estoy caminando a casa de la UCA, la misma ruta que camino todas las tardes. Día tras día mientras pasaba por esta línea monstruosa de obreros, mirándome lascivamente, lamiéndose los labios, he mirado al suelo. He fingido no oír, he caminado más rápido, me he tragado mi voz para evitar algo más grave que estos 45 segundos eternos de incomodidad.

Pero es mucho más que estos 45 segundos, y mucho más que incomodidad. Desde mi llegada a Managua, he enfrentado escenarios como éste desde la hora que salgo de mi casa hasta que enlavo mi puerta por la noche, y recientemente, el malestar que me causa no queda fuera de mi puerta. Las cosas feas que me dicen en las calles se establecen bajo mi piel, y todas las cosas que yo no digo han empezado a atascar la garganta.

Ya no puedo quedarme callada. Entonces volteo y le pregunto al hombre con toda la rabia de dos meses silenciosos, “¿Cómo te llamas, cabrón?” Al principio la respuesta le sorprende, pero pronto todos los obreros empiezan a reírse e imitarme. Me voy tan rápidamente como puedo, pero uno de los hombres monta su moto y me persigue a la vuelta de la esquina. Entro en una gasolinera hasta que mi pulso vuelva a la normalidad.

* * *

Todavía no sé exactamente por qué elegí responder a ese comentario—no era lo más vulgar u ofensivo que he recibido de ningún modo—ni en esa manera—obviamente no funcionó, y me expuso a más riesgo. Había recibido los consejos de mucha gente que la única respuesta segura era no respuesta, pero eso tampoco me servía; sólo me enojó más y más con cada interacción. Los otros métodos que había tratado a veces funcionaron, pero normalmente sólo por poco tiempo, o fueron acompañados por sus propias frustraciones. Estos incluyeron: escuchar música para ignorar el acoso (pero el acoso todavía pasó); caminar por rutas alternativas (pero no existieron en cada caso, y la necesidad de cambiar o limitar mi movimiento me frustró); quedarme en mi casa después del anochecer (pero resultó en una falta de comunidad y apoyo cuando no podía hablar con amigas); cambiar mi ropa para parecer más modesta (pero pronto descubrí que el acoso persistiría aunque llevara un saco de papas); y reírme como una loca (pues, realmente muchas veces esto confundió a los acosadores y callaron, y me hizo sentir mejor). En resumen, me hicieron falta estrategias más inteligentes y consistentes para protegerme, física y mentalmente.

Entonces hice lo que siempre hago cuando enfrento un problema: empecé a leer y charlar.

Miré blogs y me uní a grupos de Facebook. Leí artículos de jornales y estudios académicos. Les pregunté a mis amigas cómo ellas responden a los piropos. La primera cosa que aprendí: deja de llamarlos “piropos.”

Según Suárez-Orozco (1984), “piropos” fueron definidos en la primera mitad del Siglo XX como “una flor madrigalesca de la galantería, un dedicado homenaje a la mujer hermosa, un incienso romántico, que al pasar, pone como un nimbo a su belleza” (p. 121). Hoy en día el término puede significar simplemente un cumplido o comentario insinuante, pero esta definición tampoco hace justicia a las cosas que oía que me ponían los pelos de punta y me daban miedo de

andar sola por mi propia colonia. Por lo tanto encontré el término que refleja mejor mi experiencia de este comentario constante, que realmente me parecía violencia: *acoso callejero*.

Pregunta principal y objetivos del estudio

Entonces elegir el tema para esta investigación ha sido una progresión natural de mis vivencias acá en Nicaragua. Sentía que experimentar tanto acoso había tenido un efecto grande en mi identidad como mujer y como feminista, y que no tener una estrategia de resistencia coherente empezaba a ser dañino para mi salud mental y emocional. Además, cuando empecé a producir obras creativas sobre mi experiencia de acoso—poemas, collages, y videos—y compartir mi experiencia, sentí que un gran peso se me quitó. Por estas razones personales, quise enfocar mi estudio en Matagalpa, la capital feminista de Nicaragua, con mujeres feministas sobre sus vivencias de acoso y sus estrategias creativas de resistencia.

La pregunta principal que guió mi estudio es la siguiente: ¿cómo ha afectado el acoso callejero así como el proceso de resistencia a las identidades de mujeres matagalpinas, tanto como mujeres y como feministas? Tenía cuatro objetivos principales para mi investigación: investigar la relación entre acoso callejero e identidad en mujeres feministas matagalpinas; identificar una variedad de estrategias creativas de resistencia; situar acoso callejero en el marco de violencia de género, y las respuestas al acoso en el marco de resistencia feminista; y abrir el espacio para otras mujeres y por mí misma para compartir, y a través del compartimiento, entender, nuestras vivencias de acoso callejero.

Justificación

A través de mi propia experiencia de enfrentar el acoso callejero y las experiencias de mis entrevistadas, he notado una incertidumbre de clasificarlo como violencia. Esto pasa frecuentemente por el hecho de bajarlo al término mucho menos amenazante, *piropos*, aunque

acoso callejero tiene sus raíces en la cultura penetrante de machismo en Nicaragua. Este acto “pequeño” de violencia—que deja de ser pequeño cuando es repetido vez tras vez en una manera casi universal—está vinculado con todas las otras formas de violencia de género: una de mis entrevistadas lo llamó la “antesala” de violencia machista (Castilblanco, 2016). Además, hay una falta de acción por parte del Estado y las autoridades legales para abordar el acoso callejero como la violencia y el delito que es. Esto en combinación con la sanción social generalizada hace esta investigación necesaria, aún más porque existe poco énfasis en el tema dentro de los movimientos sociales y poca investigación actual sobre ello.

Como he dicho, sentirme constantemente incómoda e insegura ha impactado el rumbo de mi vida diaria así como mi identidad en maneras que todavía estoy tratando de articular. Pero también, he sido impactada por formar comunidad con otras mujeres, intelectualizar nuestras experiencias, y compartir o pensar en estrategias de resistencia. Por lo tanto, creo que formar comunidad a través de la postulación de estrategias de resistencia al acoso de mujeres individuales es vital a la resistencia misma; además, deconstruir intelectualmente el acoso callejero en el contexto de machismo y estudiar el impacto que ha tenido en las vidas e identidades de mujeres es una etapa hacia el reconocimiento como la violencia que es.

II. Metodología

Métodos usados

Utilicé tres estrategias investigativas para conducir este estudio: investigación de sujetos humanos, investigación académica, e investigación creativa-experimental. Por dos semanas, entrevisté a seis mujeres matagalpinas entre las edades de 20-56. Todas están afiliadas en alguna organización feminista formal en Matagalpa. Les hice preguntas sobre sus experiencias de acoso

callejero—la naturaleza del acoso en Matagalpa, cómo el acoso que experimentan ha afectado sus identidades y feminismo—y sus métodos de resistencia al acoso. Cada entrevista duró desde 40 minutos hasta dos horas, y fueron conducidas en varios lugares públicos donde las entrevistadas se sintieran más cómodas (sus oficinas, espacios organizacionales, y cafés). Usé una grabadora para cada entrevista.

Antes, durante, y después de las entrevistas, colecté, leí, y analicé varias fuentes, académicas y no académicas, que informaron la dirección de mis entrevistas y mi análisis de ellas. Estas fuentes incluyen un libro etnográfico, estudios domésticos y extranjeros sobre acoso callejero, blogs, publicaciones de Facebook, un ensayo filosófico del fenómeno, campañas de redes sociales, y análisis académicos.

Finalmente, creé una “zine” con el material de mis entrevistas e investigación académica en lugar de una sección escrita de Encuentros. El término “zine” viene de la palabra para “revista” en inglés, y se refiere a una revista pequeña, creativa, y hecha a mano. El proceso creativo de hacer la zine me ayudó a sintetizar las entrevistas y mi investigación así como mi propia experiencia de acoso callejero acá en Nicaragua. Incluí citas poderosas de mis entrevistas, definiciones de acoso callejero y violencia de género, un poema, un mapa, y otras obras artísticas, y también invité a las mujeres entrevistadas y algunas amigas a contribuir.

Limitaciones

Primero, enfrenté límites de tiempo y ubicación. Tuve cuatro semanas para entrevistar, investigar, sintetizar, y analizar todo que encontré; por eso, sólo tenía la oportunidad de entrevistar a seis mujeres, y sólo en Matagalpa, una muestra bien pequeña. Además, todas las entrevistadas están afiliadas en organizaciones feministas en Matagalpa; por eso, ellas compartieron muchas de las mismas creencias, y recibí esa perspectiva bien estrecha. Se puede

decir que tienen una perspectiva distinta de mujeres fuera de Matagalpa y mujeres que no son feministas activas. Por lo tanto, no puedo generalizar mis encuentros a todas las mujeres nicaragüenses ni a todas las matagalpinas.

También hubo limitaciones de comunicación. Primero, este estudio trata de un tema bien delicado, y a veces las entrevistas divagaron a material aún más sensitivo, como abuso sexual. Sentía que todas las entrevistadas eran abiertas y compartieron con gusto, pero con poco tiempo para conocer y construir relaciones de confianza con las entrevistadas antes o durante la entrevista, era difícil profundizar estos temas emocionales. Finalmente, español es mi segundo idioma, y todavía estoy aprendiéndolo; por eso conducir las entrevistas en español era un desafío para mí y ciertamente influyó el producto final de la investigación.

Justificación

Algo que me frustró tanto de mi experiencia de acoso callejero era el sentido que mi única opción era quedarme callada—y cuando no me quedé callada, las expresiones que elegí fueron unas de rabia y frustración. Me faltaba una manera de expresarme, y tenía ganas de producir algo positivo y productivo de mi malestar. Encontré actitudes similares en mis entrevistadas, y ellas apoyaron la idea de una zine como una manera de romper el silencio penetrante que rodea el tema de violencia de género. Entonces veo tanto el proceso como el producto final como mi propio acto de resistencia al acoso callejero. Analizaré el proceso creativo y los contenidos de la zine en la sección de Análisis.

En teoría, creo que la combinación de estos métodos variados sirve a las intenciones de la investigación. En un sistema machista, lógica, data cuantitativa, y “objetividad” son privilegiadas sobre epistemología tradicionalmente “femenina,” que usa experiencia personal y el proceso artístico para sacar conclusiones. Por eso, el uso de métodos que *dependen de y abrazan* la

subjetividad en vez de tratar de limitarla, como investigación de sujetos humanos y la creación de un proyecto creativo, es por sí mismo un acto de resistencia al machismo en general.

Con respecto a la muestra pequeña de esta investigación, reitero que pretendí privilegiar las vivencias individuales de cada mujer; por eso elegí profundidad sobre amplitud. El número pequeño de entrevistas me permitió pasar más tiempo con cada mujer y profundizar mi análisis en cada una.

Posicionalidad

En cualquier tipo de investigación, pero particularmente en investigación de sujetos humanos basada en feminismo interseccional, hay que tener en cuenta la “posición” o identidad de la investigadora, las posiciones de las entrevistadas, y las relaciones entre ellas. Soy una mujer joven estadounidense, de clase media, anglohablante, y visiblemente blanca. Todo, desde elegir mi tema hasta escribir y hacer las preguntas de la entrevista están influenciadas por esta identidad.

Como extranjera joven y blanca, recibo un tipo de acoso callejero específico—frecuentemente comentarios sobre mi cuerpo o piel, o muchas veces simplemente *chela* o *chelita*—y particularmente fuerte: ser diferente en términos de color y mi estatus como extranjera me hace más visible en espacios públicos, y por lo tanto un blanco fácil de acoso callejero. Sin embargo estoy protegida hasta cierto punto de todo el alcance de violencia machista por mi identidad; tengo el sentido que los acosadores pensarían dos veces antes de que me acosaran físicamente debido al hecho que soy una extranjera blanca. También tengo más recursos para tratar del malestar que el acoso produce. Como nicaragüenses, la mayoría de las entrevistadas experimenta acoso diferente y en una variedad más amplia de espacios, como sus iglesias, los buses, y sus lugares de trabajo. Además, algunas de las entrevistadas quienes se

identifican como lesbiana o bisexual experimentan un acoso interseccional que yo no he experimentado.

Por lo tanto las preguntas que me interesaron y la manera en que las hice a las mujeres también fueron influenciadas por mi identidad y correspondiente vivencia de acoso callejero. Incluso el tema mismo refleja mi posición: para la gran mayoría de mujeres nicaragüenses, el acoso callejero es un asunto relativamente pequeño, particularmente en comparación con otras formas de violencia de género más grave. Finalmente, interpreté las respuestas de las entrevistadas y leí mis fuentes académicas a través de la lente de una estudiante norteamericana y todo el bias que viene con esta identidad.

Consideraciones éticas

Mi preocupación principal con respecto a conducir este estudio éticamente era obtener consentimiento libre e informado. Primero, identifiqué los riesgos relacionados al participar en el estudio. Debido a la naturaleza sensitiva del tema de violencia de género, había un riesgo de daño mental o emocional para las participantes. Les informé de ese riesgo y les comuniqué que podían elegir contestar o no cualquier pregunta, podían detener la entrevista en cualquier momento, y podían retirar su consentimiento. Para proteger su privacidad, ofrecí cambiar sus nombres en el ensayo y la zine, pero todas quisieron guardar sus nombres reales. Les expliqué mis intenciones de usar el material de nuestras entrevistas sólo en mis proyectos finales, y también les pedí su permiso para grabar las entrevistas.

III. Marco conceptual

Definir acoso callejero

Encontrar el término correcto para lo que yo experimentaba no es un logro pequeño: desde su inicio, el uso del término “piropo” ha deslegitimizado las protestas de las mujeres, haciéndolo mucho más fácil ignorar el problema. Además, muchas mujeres no tienen el conocimiento (ni el apoyo social) necesario para denunciar estas experiencias cotidianas. Usar el término “acoso callejero” ayuda a explicar cómo funciona y por qué algo tan inocuo como un comentario en la calle realmente es un acto violento.

Hay cuatro componentes en la definición de acoso callejero aceptada ampliamente—todas las prácticas o comentarios que: tienen connotación sexual, explícita o implícita; son unidireccional (de un partido hacia otro, sin consentimiento); generalmente ocurren entre desconocidos en espacios públicos; y llevan el potencial de provocar malestar en la persona que los recibe (Billi et al., 2015). Estas prácticas pueden ser lo que el Observatorio Contra Acoso Callejero llama *acoso gestual-verbal*—miradas lascivias, silbidos u otros sonidos obscenos, comentarios ofensivos, particularmente sobre el cuerpo—o *acoso físico*—toques, exhibicionismo, o persecución, por ejemplo (OCAC, 2015).

La cultura machista

Para entender acoso callejero, es necesario entender el machismo—o por lo menos definirlo. En los términos más básicos, machismo es un sistema—como capitalismo o racismo—marcado por la desigualdad de género. También se puede llamar masculinidad hegemónica o el patriarcado. Cómo me explicó una de las mujeres que entrevisté, María Teresa Castilblanco (2016):

El machismo es la base de todas las opresiones que sufrimos las mujeres. Y el machismo está en esta relación de poder, en la que el hombre es una persona y la mujer, no. La mujer es un objeto, es un cuerpo... que pertenece a los hombres. Y son los hombres que deciden dónde se ubique ese cuerpo, cómo deba actuar.

Sacando de la teoría de Foucault, Lancaster (1992) llama machismo “resistente” porque, como un sistema, es más que una ideología: es “un campo de relaciones productivas”¹ (p. 19). En este sentido, la manera “correcta” de ser hombre o ser mujer es definida dentro del marco de machismo. Ser hombre en una cultura machista como la de Nicaragua, por ejemplo, significa ser agresivo, ser violento, tener relaciones sexuales con muchas mujeres (o, según Lancaster, “cochones”), usar lógica sobre emoción, y tomar riesgos. Porque el sistema machista depende de la fuerza del binario de género, ser mujer es más o menos definido como todo lo que no es masculino: ser emocional, callada, deferente, y cuidadora, entre otras cosas.

Una de las características más insidiosas del machismo es que su operación “parece ‘natural,’ ‘normal,’ aún ‘necesaria’”² (Lancaster, 1992, p. 20). En otras palabras, el machismo es aceptado como inevitable, la naturaleza de la sociedad, y eso lo hace difícil cuestionar o desestabilizar. Desarrollaré más profundamente cómo la práctica del acoso callejero depende tanto que refuerza el sistema de machismo en la sección de Análisis.

Interseccionalidad

Conduje esta investigación a través del marco teórico de feminismo interseccional, basada en las ideas de Kimberlé Crenshaw, una erudita estadounidense de teoría crítica de la raza. Interseccionalidad depende del principio que cada persona vive en la “intersección” de identidades múltiples (cada uno de nosotros tiene una identidad de raza, de género, de

¹ Traducción mía. Texto original: “field of productive relations”

² Traducción mía. Texto original: “appears ‘natural,’ ‘normal,’ even ‘necessary’”

sexualidad, de clase económica, etcétera). De estas identidades, cada una existe en un eje de poder relativo. Su posición en la intersección de estos ejes determina su experiencia de opresión. Por un ejemplo muy simplificado, las mujeres negras viven en la intersección de racismo y sexismo (entre otras); por eso, tienen una vivencia de racismo distinta de la de los hombres negros, y tienen una vivencia de sexismo distinta de la de las mujeres blancas. Además, no se puede separar sus experiencias de racismo y sexismo—todas las opresiones que experimentan están conectadas.

IV. Contexto

Género revolucionario

Para entender el contexto amplio en que conduje este estudio, hay que tener en cuenta el evento que ha marcado cada aspecto de la vida en Nicaragua: la revolución. El aspecto del tiempo revolucionario más relevante a mi investigación es el concepto del Hombre Revolucionario o el Hombre Nuevo. En este arquetipo, solidaridad de clase y nacionalismo fueron equiparados con la masculinidad. El Hombre Revolucionario fue complementado por la Mujer Revolucionaria o la Madre Revolucionaria, quien cumple con todas sus responsabilidades familiares/domésticas, incluso parir hijos, en servicio de la revolución. En este marco, la mujer todavía está concebida en relación o servicio de algo fuera de sí mismas, como la revolución, hombres, o el Estado (Montoya, 2003, p. 76). La búsqueda implacable del proyecto revolucionario ha sido usada por el FSLN así como hombres revolucionarios para evitar abordar desigualdad de género o para justificarla. Con esto viene la gran ironía de la relación entre la revolución socialista y género: Hombres Revolucionarios pueden entender opresión y

dominación en el contexto de clase económica y colonización, pero no en el marco de género ni sexualidad (Lancaster, 1992, p. 40).

Sin embargo las mujeres nicaragüenses jugaron un papel central en la revolución; comprendieron el 30% de los combatientes, y había altas tasas de participación en las campañas de alfabetización y salud después del triunfo por parte de las mujeres (Lancaster, 1992, p. 16). El precursor a la organización feminista AMNLAE, AMNOPRAC, fue fundado en 1977 con el eslogan “No hay revolución sin emancipación de la mujer, no hay emancipación sin revolución” (p. 16). El movimiento ganó una gran victoria con la aprobación del Estatuto Fundamental sobre Derechos y Garantías en la constitución de 1987: declaró igualdad legal para mujeres e ilegalizó discriminación sexual (p. 17).

Matagalpa como la capital feminista de Nicaragua

Debido a la estructura patriarcal del partido y los fallos del gobierno revolucionario al abordar las preocupaciones feministas, las mujeres comenzaron a organizar causas feministas fuera del marco del FSLN en los años 90s, cuando Matagalpa surgió como la capital feminista de Nicaragua. La primera celebración organizada del 8 de marzo (el día internacional de la mujer) fue en Matagalpa en 1992. Un montón de organizaciones no gubernamentales crecieron y ganaron importancia en ese tiempo, muchas concentradas en Matagalpa (por una muestra pequeña, mis entrevistadas son afiliadas del Grupo Venancia, el Colectivo de Mujeres de Matagalpa, Radio Vos, y la Red de Mujeres). Hoy se puede ver el carácter feminista de la ciudad en las calles, con grafiti feminista en casi cada esquina. Cerca del apartamento donde me quedé, hay un mensaje reminiscente del eslogan de AMNOPRAC: “la revolución será feminista o no será.”

Acoso callejero y resistencia actual

Acoso callejero es un fenómeno casi universal en Nicaragua: según un estudio reciente conducido en Managua, el 96% de las encuestadas había experimentado algún tipo de acoso callejero (OCAC, 2015). El logro más importante contra el acoso callejero y todas expresiones de violencia de género fue la aprobación de la Ley 779 en 2012, que define violencia de género y la hace penada como un delito. Sin embargo, casi todas mis entrevistadas comentaron sobre la inefectividad y la falta de ejecución de la ley. Según mis entrevistadas así como en conversaciones informales, el acoso callejero queda por lo menos en cuarto puesto en la lista de temas que el movimiento feminista toca; hay que abordar las formas de violencia contra las mujeres mucho más severas, así como otros temas—como el derecho al aborto y la educación disponible a las mujeres—antes de que el movimiento pueda enfocar todo su ánimo en la lucha contra el acoso callejero.

Sin embargo existen varios esfuerzos actuales de organizaciones feministas y mujeres individuales para abordar el tema. La más organizada fue el proyecto de la “tarjeta roja” por La Red de Mujeres de Matagalpa, en que todas las miembros recibieron un kit anti-acoso callejero que incluyó un silbato, una guía satírica, y una tarjeta roja para castigar a un acosador por su “falta grave” (Castilblanco, 2016). Una estudiante universitaria, Cristiana Tercero, creó la campaña en redes sociales con frases y gráficos contra el acoso, como “Piropear no me hace más hombre” y “Mi nombre NO ES Mami” (Izquierdo, 2015). Hay varios grupos de Facebook diseñados para crear comunidades virtuales sobre el tema, como Grupo contra el Acoso Callejero Nicaragua y Creando Espacios Feministas. Radio Vos, basado en Matagalpa, hace programas feministas regularmente, y acaba de publicar un show sobre acoso callejero. El Colectivo de Mujeres de Matagalpa ofrece talleres de Wendo, autodefensa feminista, y ellas y Grupo

Venancia también hacen varias producciones de teatro feminista que abordan el tema de acoso callejero.

V. Análisis

Reconocer acoso callejero como violencia

El problema citado más frecuentemente en mis entrevistas en la lucha contra el acoso callejero es la dificultad de identificarlo y, una vez que se lo identifica, la reticencia a clasificarlo como violencia. La mayoría de mis entrevistadas mencionó un proceso de concientización sobre su propia experiencia. Porque el acoso empieza desde una edad muy joven—una describe la primera instancia de acoso sexual que podía recordar, cuando tenía ocho años (López, 2016), y otra me contó del primer “piropo” que recibió su nieta de ocho *meses* (Guiu, 2016)—muchas veces las mujeres, o mejor las chavalas, no reconocen lo que experimentan como acoso, mucho menos violencia. Como dijo María Teresa, “Antes sabías que te incomodaba [el acoso], pero no sabías que eso era un delito, que lo podías rechazar, que podías protestar” (Castilblanco, 2016). Por eso, elegí empezar la zine con una definición y una explicación del acoso callejero como violencia de género (página 1).

Es obvio que el acoso callejero es violencia cuando se mira al “malestar” que genera en las mujeres que lo reciben: según Billi et. al. (2015) y mi propia experiencia, este incluye asco, rabia, miedo, impotencia, inseguridad, confusión, culpa, y un sentido de falta de control sobre el entorno y el propio cuerpo (p. 8). Personalmente, sentí esa falta de control tan fuertemente, casi debilitantemente, hasta el punto que necesité buscar servicios para mi salud mental.

Algo que me ayudó fue situar el acoso cotidiano que experimentaba dentro del marco de violencia de género y machismo—entenderlo teóricamente para alejarme del tema

emocionalmente. La práctica del acoso callejero depende de las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, las relaciones que frecuentemente son “medidas...por la violencia (física o simbólica)” (Billi et al., 2014, p. 2). Estas relaciones forman el sistema machista donde culpamos a la víctima antes que a los acosadores (OCAC, 2015) y en que “el hombre es una persona y la mujer, no” (Castilblanco, 2016). Se puede ver esta deshumanización de la mujer en la práctica del acoso callejero así como su contenido. Los acosos que recibo más frecuentemente son silbidos y sonidos de besos—sonidos que se usan para llamar a animales. Además, el hecho de que el acoso callejero es por definición unidireccional—de un desconocido sin consentimiento—y que la mayoría del tiempo no existe la expectativa ni la oportunidad de respuesta de la mujer—porque es susurrado en voz baja, o dicho a sus espaldas, o de un coche pasando—refuerza la humanidad y el poder del acosador y la falta de esas cosas por parte de la mujer.

En el contexto de la historia nicaragüense, la Guerra Contra demostró el daño y eficacia de agresión de baja intensidad; yo argumentaría que el acoso callejero funciona en una manera similar. De la presencia constante de violencia de género en una cultura machista, Lancaster dice, “La *amenaza* de violencia...les [recuerda] a tanto los hombres como las mujeres de sus posiciones relativas; el estatus quo [es] mantenido por el símbolo de violencia”³ (1992, p. 35). Aunque el contacto físico con un acosador callejero es más raro que el acoso gesto-verbal—el estudio por el Observatorio Contra Acoso Callejero estima que 2/3 de mujeres han experimentado “roces de forma sexual,” en comparación con casi todas las mujeres que han experimentado silbidos u otro sonidos—las expresiones no físicas representan la naturaleza inherentemente violenta del sistema, y la amenaza constante es su propia forma de violencia

³ Traducción mía. Texto original: “The threat of violence...reminds both men and women of their relative positions; the status quo [is] maintained by the symbol of violence”

(2015, p. 8). Sobre todo, cada instancia de acoso callejero representa la misma actitud de derecho de los hombres a los cuerpos y las mentes de mujeres que caracteriza todas las formas de violencia de género. Como Leo Argüello me explicó, “acoso callejero es una...de las primeras expresiones del machismo patriarcal que *cala en la integridad de las mujeres*” (2016).

En la tercera página de la zine, ofrezco la parte de la Ley 779 que en esencia clasifica al acoso callejero como un delito, el cual no es nombrado en el lenguaje de la Ley; como explica Vera-Gray, estas instancias cotidianas de violencia reciben poca atención política, “descartadas como expresiones inocuas de expresión libre, demasiado subjetivas para legislar contra ellas”⁴ (2016, p. 2). En vez de enfocarse en estas “expresiones inocuas,” hay más énfasis en los tipos de acoso más graves, o más legibles como violencia. Aunque este trabajo obviamente es necesario, permite que las sanciones sociales empiecen y terminen con un grupo pequeño de hombres “desviados” (p. 24). En esta manera, la gran mayoría de hombres que perpetúa la violencia de género a través del acoso callejero—los hombres normales, nuestros vecinos y familiares—se escapan de la denuncia.

Además, la ley es aplicada raramente a casos de acoso callejero; pocas mujeres lo denuncian legalmente, y tienen razón. Cada entrevistada me dio la misma respuesta cuando les pregunté sobre la ley—que en realidad, no sirve para nada. “¿Para qué hacer una ley,” explicó Heyling, “si después no la vas a poner en práctica?” Además, dijo, “La misma policía es la que te están atacando,” igual como los otros hombres (Marenco, 2016). Aún así, afirmar que el acoso callejero es violencia y es un delito es un acto fuerte de resistencia, y sólo llamarlo “acoso” me ha validado y servido.

⁴ Traducción mía. Texto original: “dismissed as harmless expressions of free speech, too subjective to be legislated against”

Geografía de acoso callejero y espacios públicos

Una parte central de la definición de acoso callejero es su ubicación: tiene lugar en espacios públicos. Gardner define espacios públicos como “aquellos sitios y contextos que nuestra sociedad entiende como abiertos a todos”⁵ (1995, p. 3). Sin embargo, la existencia de acoso callejero transmite un mensaje distinto: las mujeres no están seguras ni son bienvenidas a la esfera pública, y su movimiento allá es controlado estrictamente. La distinción entre el hogar (esfera privada) y la calle (esfera pública) es construida socialmente, y las dos esferas están definidas en relación la una con la otra (Montoya, 2003, p. 69). En otras palabras, la mujer y todo que le acompaña—la familia, responsabilidades domésticas, cuidado—están asociados al ámbito privado, y el hombre y todo que *le* acompaña—asuntos económicos, riesgo/peligro, la vida política—están asociados al ámbito público. Esto depende del binario de género y lo reproduce (Billi et al., 2015, p. 6). Además, este esquema implica juicios de valor en la ubicación y el movimiento de mujeres, particularmente cuando se rompe con el marco aceptado de comportamiento: una mujer “buena” es la de la casa, y una mujer “mala” es la de la calle (Montoya, 2003, 68). Como Gardner propone, el acoso público que las mujeres experimentan diariamente “sugiere que el ser femenino indiscutido de la mujer todavía está ubicado en el hogar”⁶ (1995, p. 11).

En este sentido, el acoso callejero es una expresión del control machista del movimiento libre de la mujer. Como una de mis entrevistadas jóvenes, Jary López, expresó, si pensara demasiado en las cosas que sus acosadores le dicen, “querría estar encerrada en mi cuarto, mis cuatro paredes, y no saldría nunca más” (2016). La amenaza constante del acoso, y el miedo de

⁵ Traducción mía. Texto original: “those sites and contexts that our society understands to be open to all”

⁶ Traducción mía. Texto original: “suggests that a woman’s unchallenged female self is still located in the home”

algo aún más grave—agresión física o violación—podría pasar en cualquier momento, contribuye a la construcción del ámbito público como un peligro hacia las mujeres. Según Billi et al. (2015, p. 10),

El ASC [acoso sexual callejero] determina y *limita las posibilidades de uso del espacio* para los grupos más vulnerables, *reduciendo sus oportunidades de construir libre y seguramente sus identidades*, generando malestar y restringiendo las posibilidades de relación en el espacio público.⁷

Con la construcción de la esfera pública viene ciertos reglas, precauciones, y comportamientos que las mujeres deben observar para evitar el acoso. En realidad, estas prácticas—no andar sola, no pasar por espacios públicos por la noche, evitar prendas/actitudes “provocativas,” etcétera—funcionan raramente, y sólo constituyen una manera de coartar el movimiento libre de las mujeres mientras abren la posibilidad de culpar la víctima si una no toma estas precauciones (Billi et al., 2015, p. 7). Sin embargo, las mujeres—incluso yo—todavía cumplimos con estas restricciones, desarrollando lo que Vera-Gray llama un “cuerpo de hábito”⁸ en una tentativa de limitar el acoso que experimentamos (2016, p. 133).

Varias páginas de la zine tratan de este tema, primeramente el mapa (página 2). Creé este mapa sólo para incluirlo en la zine, pero realmente estaba creándolo mentalmente mucho más temprano, desde mi primer día de vivencia en la Máximo. Esa noche, mi madre me advirtió que no caminara por algún andén por la noche porque allí vive un acosador conocido. Gradualmente añadí a este mapa mental, recordando dónde quedaban los acosadores más groseros (los obreros que tomaban su almuerzo fuera del centro comercial, por ejemplo), clasificando cada ruta que caminaba regularmente “segura” o “insegura”, y planeando rutas alternativas. La necesidad de

⁷ Énfasis mío

⁸ Traducción mía. Texto original: “habit body”

variar mis rutas me frustra tanto—cada noche que elijo no caminar por ese andén es un recuerdo que no tengo la libertad de movimiento que mis hermanos anfitriones tienen—y a veces prefiero enfrentar el acoso en vez de evitarlo. Además, las rutas que percibo ser “seguras” no necesariamente lo son siempre (por ejemplo, una noche cuando caminé por la calle principal de la Máximo en vez del andén peligroso, fui perseguida por un hombre en bicicleta, susurrando cosas horribles en mi oreja). Pero evitar sitios frecuente de acoso normalmente me hace sentir mejor, y como una de las entrevistadas me recordó, cada estrategia de resistencia al acoso, incluso evitarlo, es válida, y “el punto es no ponerte en riesgo” (Castilblanco, 2016).

La demanda del espacio público por mujeres es, por lo tanto, un acto revolucionario de resistencia. Como la capital feminista de Nicaragua, Matagalpa contiene evidencia abundante de mujeres haciendo precisamente eso. La marcha contra violencia de género (página 8) pasó por la calle principal con música ruidosa y cantos jubilosos. Las mujeres—algunas con vestidos de brujas—tomaban espacio, literal y figurativamente, en la esfera pública, donde ni ellas ni su mensaje fueron bienvenidos. Una de las participantes me dijo que no le habían pedido permiso a nadie para la marcha, y por eso lograron su meta: causar disturbio público para atraer la atención hacia un tema marcado por el silencio, por parte de las víctimas y de las autoridades.

Se puede ver otro tipo de disturbio público en el grafiti feminista por todos lados de Matagalpa (página 11). Los mensajes que decoran casi cada esquina de la ciudad sirven como recuerdos visibles de la fuerza del movimiento feminista allá, pero también de la presencia de las mujeres en espacios públicos y su derecho a estar allí. El arte público del “Muro de la Denuncia” por el Colectivo de Mujeres (página 4) es otra esfuerzo para reclamar el ámbito público en una manera poderosa. Igual como la marcha, el muro ubica el tema de violencia de género dentro de

un espacio público, tanto que hace de los agresores nombrados más vulnerables a una denuncia en las calles, una inversión de poder satisfactoria.

Hay otro sentido de “espacio” relevante al tema del acoso callejero: la geografía del espacio personal. Como Heyling Marengo me lo describió, los acosadores “invaden su privacidad,” y realmente su cuerpo, “con sólo una palabra y una mirada” (2016). En otras palabras, el espacio íntimo (físico y emocional/mental) de las mujeres *se convierten en espacios públicos*, lienzos abiertos para la expresión vulgar de los hombres. Este fenómeno contribuye a la cosificación de la “asimetría fundamental” del poder relativo entre hombres y mujeres y su estatus como sujeto y objeto, respectivamente (Billi et al., 2014, p. 4). Por eso, la protección del espacio íntimo de la mujer es un acto de resistencia. Tocaré este tema en más detalle en la sección siguiente.

Encarnación: Cuerpos femeninos como sitios de violencia y resistencia

Cuando fui a una terapeuta para procesar mi experiencia de acoso callejero, le dije que me sentía, similar a Heyling, que las cosas que me decían los acosadores entraban en mi cuerpo, casi como si yo las consumiera. Sin contacto físico, sentía el acoso—miradas, sonidos, palabras—*en mi cuerpo*. Otra vez, me sirvió intelectualizar eso.

Vera-Gray saca de la teoría de Simone de Beauvoir del “ser situado” y la concepción del cuerpo construido socialmente de Judith Butler para desarrollar una teoría del “ser-corporal”⁹ (2016). Ella describe el ser-corporal como la lente a través del cual experimentamos y entendemos nuestra posición en relación a la sociedad entera y todas nuestras interacciones dentro de ella. En otras palabras, cuando experimentamos acoso callejero, lo experimentamos desde una posición de conexión íntima entre nuestro cuerpo, nuestra identidad, y nuestra

⁹ Traducción mía. Texto original: “bodily-self”

posición relativa en la sociedad: “Estamos entrelazadas inextricablemente con nuestros cuerpos y nuestro mundo hasta el punto que nuestra existencia es hecho posible sólo a través de este entrelazamiento”¹⁰ (p. 27).

O más concisamente, como Leo me explicó, “La vergüenza, el miedo—lo interiorizan nuestros cuerpos... Los cuerpos siempre expresan lo que le sucede” (Argüello, 2016).

Platiqué con cada entrevistada sobre cómo nuestros cuerpos manifiestan o están enlazados con nuestras experiencias de acoso, y tuve la oportunidad de expresar la distancia que quiero poner entre yo, como persona, y mi cuerpo, como un objeto de violencia (página 14). Leo me dijo que es un mecanismo de defensa viable, pero que a la larga, no es muy saludable. Es dañino en dos niveles: el hecho de mi vulnerabilidad así como estar forzada a monitorizar constantemente mi cuerpo, comportamiento y entorno.

María Teresa los llamó “cálculos constantes,” los procesos de pensar diarios en que las mujeres miden el riesgo de caminar por ciertas calles o responder/no responder al acoso: “¿Cuántos son?” me dijo sobre su monólogo interno cada vez que va a pasar por un grupo de hombres. “Si la calle es oscura, si está a la luz, si son más jóvenes, si están más viejos, si son borrachos” (Castilblanco, 2016). Esta necesidad de estar perpetuamente alerta a cada amenaza de violencia interrumpe “el mundo intelectual de la mujer”¹¹ (Vera-Gray, 2016, p. 77); también coarta la libertad de “estar en el ser—la libertad de ser encarnada,”¹² o ser una sujeto con una identidad completa y con agencia en vez de ser un objeto (p. 165).

El contenido del acoso tiene una faceta corporal también, en la forma de comentarios sobre el cuerpo de la mujer o actos sexuales. Jary me contó sobre su lucha hacia una imagen de

¹⁰ Traducción mía. Texto original: “We are inextricably entangled with our bodies and our world to the point that our existence is only made possible through this entanglement”

¹¹ Traducción mía. Texto original: “women’s intellectual world”

¹² Traducción mía. Texto original: “to be in the self—the freedom to be embodied”

cuerpo saludable en respuesta, en gran parte, a los comentarios ofensivos que recibe en las calles sobre su peso. “Esa pincha palabra, *gorda*,” me dijo. “‘Si fueras menos gorda, fueras mejor.’ O ‘Si no tuvieras tantas tetas por que grasa...’ Hacía ejercicio por un tiempo no por salud, ya lo hacía para que no me dijeran gorda cuando caminaba en la calle” (López, 2016). La violencia de estos comentarios quedan en su poder de influir sobre nuestra propia autoimagen. Lancaster explica que la expresión verbal como “principalmente una forma de práctica... Nombrar, representar, caracterizar: estos son prácticas sociales, y son cómplices con poder en cada nivel”¹³ (1992, p. 101).

En otras palabras, el cuerpo es nuestra conexión al mundo, y, como María Teresa explicó, la base de todos nuestros derechos; un ataque al cuerpo, físico o verbal, es un ataque a todos nuestros derechos (página 5). Por lo tanto la defensa de nuestros cuerpos es una manera de reclamar nuestros derechos, a seguridad y a mucho más.

La encarnación del acoso callejero tiene lugar a otro nivel también: las prácticas corporales en que nos involucramos para evitarlo, o las que supuestamente nos exponen a más acoso, y las que hacemos como actos de resistencia. He cambiado mi ropa, variado mis rutas, y tratado de hacer o evitar contacto visual para evitar el acoso (y como he dicho, estas prácticas funcionan raramente). Para Jary y Heyling, las entrevistadas más joven, llevar el tipo de ropa que quieren—andar destapadas, con shorts, sin sostén si quieren—es una manera de encarnar su resistencia, aunque esta expresión las expone al riesgo de “culpar a la víctima” (páginas 6 y 9).

¹³ Traducción mía. Texto original: “first and foremost a form of practice... To name, to depict, to characterize: these are social practices, and they are complicit with power at every level”

Existe un montón de estrategias de resistencia corporal, muchas que viene de talleres de Wendo, autodefensa feminista (en que la mayoría de las entrevistadas ha participado, y que algunas han dirigido). Leo explicó la necesidad de estos talleres así:

Has aprendido que sos inútil. Que no servís para nada. Que los hombres son los más fuertes y que nosotras somos el sexo débil. Pero el Wendo te dice que no. El Wendo te dice que tenés una voz potente, que tenés una seguridad en tu mirada, que con tu mirada... y con un NO decidido y firme desde tu cuerpo, desde tu raíz, voz podés parar una agresión (Argüello, 2016).

Angela y Zobeyda, que han dirigido algunos talleres, hablaron sobre la importancia de caminar con confianza, escuchar su intuición, proteger su espacio personal, y mirar el acoso a la cara, figurativa y literalmente (páginas 4 y 16). Sobre todo, Wendo les da a las mujeres una seguridad física; aunque tal vez nunca necesiten usar las técnicas físicas, tienen la confianza que podrían defenderles, y transmiten esa seguridad en su postura y andar.

La performatividad de género

Según la teoría de Judith Butler, el género, igual que los cuerpos, es construido socialmente; construimos y encarnamos nuestras posiciones de género con respecto al acoso callejero con un número de prácticas y “performances” (Vera-Gray, 2016, p. 50). La manera en que encarnamos nuestro género está enlazada directamente con la estructura rígida del género en el sistema machista; el acoso callejero representa y refuerza “la dicotomía activo/pasivo normada para la conducta sexual” de hombres y mujeres respectivamente (Billi et al., 2015, p. 4). Los hombres que acosan están poniendo en práctica su sentido de derecho a los cuerpos femeninos, y por extensión, su masculinidad. Acosar es una manera de “afirmar la propiedad de la calle y lo que pasa por ahí” (Mojica, 2016).

Similarmente, hay performances de feminidad con los que las mujeres tenemos que cumplir para evitar la acusación que provocamos el acoso. Estos están plagados de contradicciones: tenemos que parecer suficientemente inaccesibles para que un acosador no se nos acerque, pero suficientemente amables para que no haya comentario de nuestra mala apariencia. Tenemos que comportarnos como damas tradicionales, pero también hay una inclinación de “limitar las maneras en que podemos ser identificadas como mujeres” para eludir interacciones (Gardner, 1995, 20). Más que todo, somos condicionadas “ser calladitas, modositas, no contestar, no retar” a instancias de acoso (Castellanos, 2016).

Por eso, cada ejecución de género que elegimos que queda fuera del espacio estrecho de feminidad aprobada es un acto de resistencia. Igual que la decisión de Heyling y Jary de llevar la ropa que quieren, la decisión de responder al acoso en cualquier manera es, inherentemente, revolucionaria.

Solidaridad

Aparecieron dos hilos con respecto al tema de solidaridad en mis entrevistas: su falta entre mujeres, que surge de la perpetuación femenina del machismo interiorizado, y la importancia de solidaridad en enfrentar el acoso callejero y otras formas de violencia de género. Este machismo interiorizado, bien fuerte y sutil, es difícil derrotar; se manifiesta en por lo menos dos maneras complementarias con respecto al acoso callejero. Primero, al “socializar se espera e incluso se desea atención evaluativa sexual de desconocidos,”¹⁴ y eso añade a la presión existente de no retar el acoso que recibimos (Vera-Gray, 2016, p. 7). Esto es complementado por un discurso de minimización y normalización del acoso. Tanto hombres como mujeres se

¹⁴ Traducción mía. Texto original: “socialized to expect and even to desire evaluative sexual attention from unknown men”

involucran en este discurso, y puede ser aún más dañino cuando viene de las mismas mujeres de quien se buscaría apoyo (p. 124).

Más que una resistencia a denunciar el acoso y a los acosadores, existe una cultura fuerte de culpar a la víctima de acoso, por su ropa o la hora o dónde caminaba, otra vez perpetuada por hombres y mujeres por igual. Además, hay una tendencia de caracterizar a las mujeres que eligen responder como cochonas, brujas, o feministas locas. (Se puede ver a las miembros de la Red de Mujeres jugando con esta caracterización en la marcha contra violencia de género, página 8). Todas las entrevistadas tocaron el punto de que necesitamos romper este estereotipo en que, como dijo Jary, “son sólo las mujeres, sólo las escandalosas que quieren salvar el mundo... Hay que recordar que el feminismo no sólo es para las mujeres” (López, 2016).

Pero todas también hablaron del papel integral que sus comunidades feministas han jugado en su resistencia, así como expresaron su apoyo a todas las mujeres en sus procesos de resistencia a violencia en cualquier forma. Hay un sentido palpable de comunidad feminista en Matagalpa, con tantas organizaciones y expresiones visibles de ideología feminista en las calles y en las camisas que llevan muchas mujeres organizadas allá; esta visibilidad de comunidad sirve como una protección contra el acoso callejero. De las mujeres del Colectivo de Mujeres, Heyling me dijo, “Les tienen miedo [los acosadores]. La gente sabe que con las mujeres del Colectivo, no se juega” (Marenco, 2016).

Pero más que una red de apoyo, involucrarse en una comunidad feminista contribuye al proceso de concientización necesario para reconocer el acoso callejero como violencia y para denunciarlo: María Teresa expresó la importancia de perder el miedo de “como te ven las otras en la calle” para resistir activamente, lo que ella no podría hacer sin el apoyo de su comunidad (Castilblanco, 2016). Otro componente a este proceso de concientización es el reconocimiento de

cómo las opresiones y las violencias que sufrimos las mujeres están conectadas: como Leo articuló, “Siento que [el acoso] es una experiencia muy negativa no sólo hacia mí directamente como mujer, sino lo he vivenciado hacia otras mujeres...y esto me revuelve tanto como si fuera hacia mí misma” (Argüello, 2016). Este sentido de responsabilidad comunal—esta solidaridad—es uno de los elementos más importantes en la resistencia feminista contra la violencia.

La importancia de denunciar: Romper el silencio

“Hay muchos silencios,” me dijo Leo sobre la dificultad de “dar salida” a nuestras vivencias de violencia de género. Cada entrevistada, y como resultado, cada página de la zine, centran la importancia de *vocalizar* las experiencias del acoso callejero y *denunciarlas*; éste es quizás el primer paso en el proceso de curación para cualquier tipo de violencia. Según Vera-Gray, hay una necesidad grave de reportar y legitimar las reclamaciones del acoso callejero, y también de:

replantear la fuente [de instancias del acoso callejero]—desde estar ubicadas en los cuerpos de mujeres y chavalas, hacia una ubicación en las decisiones de hombres y chavalos y cómo estas decisiones son fomentadas y respaldadas por estructuras sociales más amplias¹⁵ (2016, p. 165).

He oído de una variedad de personas que la única manera en que puedo protegerme del acoso callejero es no responder; de hecho, que responder sólo me abre al riesgo que algo más grave me pase. Pero mis entrevistadas tenían la perspectiva opuesta: es de suma importancia denunciar *cada instancia* de acoso, por cuestión de principios y de seguridad. Cada vez que

¹⁵ Traducción mía. Texto original: “reframing their source—from being located in the bodies of women and girls, to a grounding in the decisions of men and boys and how these are encouraged and endorsed by wider social structures”

dejamos pasar el acoso sin resistencia, estamos contribuyendo pasivamente a la fortaleza del sistema patriarcal, y cada vez que resistimos, estamos afirmando nuestro derecho a caminar libremente y nuestra humanidad. Estamos diciendo, más simplemente, “Yo merezco respeto también” (Marenco, 2016).

A través de estas entrevistas y mi propia experiencia con el acoso callejero, he aprendido que la resistencia no es un destino final: es una práctica, un proceso largo y no lineal, lleno de prueba y error y enredado inextricablemente con nuestros sentidos de cuerpo e identidad, en cambio constante. He llegado a amar este proceso, porque, en palabras de María Teresa, “Mi resistencia me nutre. Me hace cada vez más fuerte. El actuar—eso es lo que me alimenta.”

Bibliografía

- Billi, M., González, M. J. G., Asfura, L. A. M., Torres, M. M., & Herrera, F. T. (2014). Masculinidades y legitimaciones del acoso sexual callejero en Chile, presented at 8° Congreso Chileno de Sociología, 2014. Chile: OCAC Chile.
- Billi, M., Arancibia, J., Guerrero, M. J., & Torrealba, F. (2015). La violencia de género invisible: El acoso sexual callejero, presented at Congreso ALAS Costa Rica: Género, feminismo y sus aportes a las ciencias sociales, 2015. Chile: OCAC Chile.
- Gardner, C. B. (1995). *Passing by: Gender and public harassment*. Berkeley: University of California Press.
- Izquierdo, M. (2015, June 24). *Mordete la Lengua, un proyecto necesario*. Retrieved from <http://www.managuafuriosa.com/mordete-la-lengua-proyecto-necesario/>.
- Lancaster, R. N. (1992). *Life is hard: Machismo, danger, and the intimacy of power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press.
- Mojica, Y. (2016, September 20). *Acoso callejero: El agresor silencioso*. Retrieved from <http://niu.com.ni/acoso-callejero-agresor-silencioso/>.
- Montoya, R. (2003). House street, collective: Revolutionary geographies and gender transformation in Nicaragua, 1979-99. *Latin American Research Review*, 38, 61-93. doi: 10.1353/lar.2003.0021.
- Observatorio Contra Acoso Callejero Nicaragua [OCAC] (2015). *Acoso callejero en la ciudad: Aproximación descriptiva sobre el acoso callejero en el área urbana de Managua*. Managua, Nicaragua: OCAC Nicaragua.
- Suárez-Orozco, M. M. (1984). The *piropo* and the dual image of women in the Spanish-speaking world. *Journal of Latin American Lore*, 10, 111-133.

Vera-Gray, F. (2016). *Men's intrusion, women's embodiment: A critical analysis of street harassment*. London: Routledge.

Entrevistas

Argüello, Leonila. 27 oct. 2016. Entrevista personal.

Castellanos, Zobeyda Obando. 25 oct. 2016. Entrevista personal.

Castilblanco, María Teresa. 27 oct. 2016. Entrevista personal.

Guiu, Angela. 25 oct 2016. Entrevista personal.

López, Jary. 25 oct. 2016. Entrevista personal.

Marengo, Heyling. 1 nov. 2016. Entrevista personal.